



Capítulo 73

«¿Dices que es un estatus divino?».

[Sí, es un estatus divino. ¿Qué otra cosa podría ser?]

Al escuchar las palabras del Dragón, Alon puso una expresión de perplejidad. Había considerado antes el concepto de estatus divino, recordando las palabras pronunciadas por seres sobrenaturales en el pasado, pero siempre había descartado la idea.

La razón era simple: no había ninguna base lógica para que él alcanzara el estatus divino.

Mientras Alon reflexionaba sobre esto, pronto abrió la boca para hacer una pregunta.

«Entonces, ¿por qué me dijiste que me ocupara del Dios Exterior?».

[Tu pregunta no está clara].

«¿No dijiste que tenía que enfrentarme al Dios Exterior antes de que me dijeras nada? Pero, por lo que sé, no se puede obtener el estatus divino matando a un dios».

En el contexto que él conocía, matar a un dios en Psychedelia no otorgaba el estatus divino ni permitía su absorción.



En otras palabras, matar al Dios Exterior en Lartania no elevaría el estatus de nadie.

[Bueno, no te equivocas. Un humano normal no puede absorber el estatus divino, aunque mate a un dios].

Asintió afirmativamente en respuesta.

«Entonces, ¿por qué hiciste...?».

[Sin embargo...]

Justo cuando Alon estaba a punto de expresar su confusión, lo interrumpió.

[—Eso solo se aplica cuando quien mata al dios es un «humano» común y corriente].

«¿Qué...?»

Perplejo por sus siguientes palabras, Alon volvió a preguntar, y este pareció sumirse en sus pensamientos antes de responder finalmente.

[Déjame preguntarte a ti lo mismo. ¿Por qué crees que los humanos no pueden alcanzar el estatus divino incluso cuando matan a los dioses?]

«... Eso es porque...».

[Es porque los humanos carecen de «estatus». En términos más sencillos, no tienen el «recipiente» adecuado].



Continuó.

[Por el contrario, si existe un «recipiente», un humano también puede contener el estatus divino].

«¿Un recipiente, dices?».

[Cuando digo «recipiente», no me refiero a algo tan profundo. Simplemente es fe].

«¿Fe...?»

Pareció encontrar la palabra adecuada y luego habló.

[Para los mortales, «fe» es un término más fácil de entender].

«... Por lo tanto, si uno tiene fe, incluso un humano común puede alcanzar un estatus divino».

[Exactamente. Y tú tienes «fe». Por eso te pedí que te ocuparas de ese ser. Tienes una pequeña capacidad para contener el estatus divino].

«¿Es esa una respuesta suficiente?», preguntó, apoyando la barbilla en la mano. Alon seguía desconcertado.

«Entiendo las palabras, pero ¿por qué tengo fe?».



[¿No es extraño que me hagas esa pregunta?]

«... Es cierto, pero ¿podrías estar equivocado?».

[Imposible. Sin duda posees un estatus divino. Si no tuvieras el recipiente o el estatus, ni siquiera podrías mirarme a los ojos].

«... Supongo que tiene sentido».

Alon asintió con la cabeza ante sus palabras, pero seguía teniendo algunas dudas.

«¿Es por mi fama?».

Incluso según su propia valoración, Alon se había hecho bastante conocido en el Reino Unido. No era tan famoso como para que se le reconociera por su rostro, pero sí por su nombre.

Sin embargo, la fama era una cosa y la fe otra.

«... Eso no tiene sentido. ¿Por qué tengo fe?».

Alon frunció el ceño, sumido en sus pensamientos, pero pronto lo dejó a un lado, al darse cuenta de que no era algo que pudiera resolver de inmediato.

«Parece que hay algo más que tengo que averiguar».

Luego se centró de nuevo en el hecho de que, de alguna manera, había alcanzado un estatus divino y formuló otra pregunta.



«Entonces, ¿también obtendré poderes (異)?».

Según tenía entendido, a los dioses de este mundo se les concedían «poderes (異)» una vez que eran reconocidos como tales. Las habilidades obtenidas a través del estatus divino eran abrumadoramente poderosas.

Así que, con esperanzas, Alon lo miró y preguntó:

[Lamentablemente, tu estatus divino no es tan significativo].

«... ¿Hay rangos incluso entre los estatus divinos?».

[¿No es obvio? En pocas palabras, tu estatus divino es comparable al de una deidad local de una región remota con una población inferior a quinientos habitantes].

«Pero he vencido a dos dioses externos...».

[Aunque hayas eliminado a dos de ellos, no puedes absorber todo su estatus. Y, para ser precisos, no los has destruido por completo, solo los has eliminado temporalmente].

«Ya veo...».

Con un breve suspiro, Alon escuchó la explicación. El dragón habló con un toque de curiosidad.



[Aun así, es un poco extraño. La razón por la que pudiste someter a Ulthultus en aquel entonces fue probablemente porque tenías «estatus». ¿Cómo es posible que no supieras que lo poseías?]

«Ah».

Alon finalmente entendió por qué había podido capturar a Ulthultus justo antes de que se manifestara por completo y respondió con una exclamación en voz baja.

«... Aun así».

[Qué extraño. De hecho, hay muchas cosas que no pueden ocurrir sin «estatus», pero tú seguías sin darte cuenta].

El ser parecía genuinamente intrigado y murmuró algo demasiado bajo para que Alon pudiera oírlo.

«No te oigo bien».

[Ah, no es nada].

Al darse cuenta de algo, el Dragón pospuso el asunto para otro momento.

[De todos modos, eso no es lo importante aquí. Lo importante es que has ganado al menos un estatus mínimo, lo que te permite ver la verdad].

Se encogió de hombros.



[Continuemos con las preguntas y respuestas. ¿Qué más quieres saber?]

Con esta indicación, Alon pasó a la siguiente pregunta.

Comenzando con el concepto de estatus, Alon le preguntó al ser sobre la fe y otras cuestiones que había recopilado. En ese momento tenía muchas preguntas.

Desafortunadamente, entre todas estas preguntas, solo hubo una para la que Alon recibió una respuesta clara:

El término para referirse a la bestia del gran dios perdido y al mago era «madosa».

Eso era todo; no obtuvo más información.

«Si no puedes responder a esto, ¿qué sentido tenía que yo obtuviera el estatus?».

Alon habló con un tono ligeramente exasperado, pero el ser se limitó a encogerse de hombros.

[No te desanimes demasiado. No es que no quiera responderte].

Entonces, ¿por qué no explicas nada?



¿Por qué no hablar del verdadero nombre, del sucesor de la voluntad o incluso de la razón por la que Ulthultus me envió aquí? Alon enumeró las preguntas que había preparado y el ser respondió.

[Hay dos razones].

«Veámoslas».

[En primer lugar, todas tus preguntas tratan esencialmente sobre el mismo tema. En otras palabras, las preguntas se responderán una vez que «veas» la verdad.]

«¿Una vez que la vea?».

[Ahora que posees estatus, podrás verlo. Pero tendrás que ir al «Abismo».]

«... Entonces, en lugar de responder aquí, ¿tengo que ir al Abismo?».

[Sí, una vez que descubras la verdad allí, comprenderás todo lo que has preguntado. Tus esfuerzos no han sido en vano].

Sin estatus, uno ni siquiera tiene derecho a ver la verdad, continuó. Alon miró al ser y respondió.

«¿Es por eso por lo que no me das respuestas? ¿Porque lo entenderé todo una vez que lo vea?».

[No, no es porque sea perezoso o no quiera compartir información].



«¿Entonces?».

Ante la pregunta de Alon, el ser se quedó en silencio por un momento antes de soltar un pequeño suspiro.

[Porque están observando].

«¿Están...?»

[Sí, esas entidades que acechaban en la oscuridad total, royendo las raíces de la historia y empujando el pasado al abismo, las que una vez provocaron la caída de la era de los dioses].

El dragón chasqueó la lengua brevemente y añadió:

[-resurgirá].

[Por eso no puedo hablar directamente sobre el pasado.]

Alon miró fijamente al ser. Aunque su rostro solo tenía los rasgos blancos y negros de los ojos, la nariz y la boca, Alon sabía que estaba diciendo la verdad.

«... ¿Cómo llego a ese «Abismo» del que hablas?».

En respuesta, el ser le entregó a Alon un collar con un símbolo de un árbol negro, como si hubiera estado esperando la pregunta.

«¿Qué es esto?».



[Llévalo a la última sirena que queda en la costa este. Ella te guiará hasta allí de forma natural].

Al oír esto, Alon examinó en silencio el collar y luego asintió con la cabeza. La costa oriental era, en cualquier caso, la ubicación de Raksas, adonde tenía intención de ir después de esta reunión.

«Entonces me voy».

[Has tomado una sabia decisión].

Justo cuando Alon estaba a punto de darse la vuelta, recordó algo y se volvió.

[¿Qué pasa?]

«Hay una pregunta más que aún no he hecho».

[Pregunta lo que quieras. Si es algo que puedo responder, lo haré].

«... Ulthultus dijo que fui reconocido por «el negro» y «el azul». ¿Puedes explicarme qué significa eso?».

La pregunta de Alon hizo que el ser se detuviera un momento antes de responder con una mirada curiosa. Tras un breve silencio, pareció darse cuenta de algo y sonrió.

[Ah, ya veo... Piensa en ello como el reconocimiento de un dios poderoso].



«...?»

Y con esa explicación, la conversación pareció concluir.

[Por cierto, si te interesa, puedo mejorar el bastón de Sparrow para ti. Pero solo podrás recibirlo dentro de unos dos años].

«¿Dos años? ¿Por qué?».

[Tardaré ese tiempo en hacerla útil y en recuperar las fuerzas suficientes para poder volver a mantener una conversación normal].

«¿Es así?»

[Así es].

Justo después, el personal del Gorrión, que había permanecido en silencio hasta ese momento, habló con voz lastimera:

[Eh, en realidad disfruto estando al lado de Alon. ¿No sería mejor si pudiera ayudar un poco más?]

Aunque no se le veían los ojos, su súplica estaba llena de sinceridad. Alon miró al personal.

«Lo permitiré».

[¿Eh? Espera, ¿Alon? No, ¿Conde? ¿Hola?]



Cuando Alon finalmente dejó el bastón y se dio la vuelta para marcharse, el ser volvió a llamarlo.

[Espera, tengo una cosa más que decirte].

«¿Algo más?».

[Sí, es sobre tu magia. Escucha esto antes de irte; no te llevará mucho tiempo].

Y con eso, el ser continuó con su explicación.

Después de escuchar toda la historia del dragón, Alon se reunió con Seolrang, que había estado esperando durante mucho tiempo, y regresó a la colonia. Al día siguiente, comenzó los preparativos para dirigirse a Raksas.

... En realidad, no había mucho que preparar. Como tenía previsto partir hoy mismo con una caravana, solo necesitaba comida y algunos suministros de emergencia.

En poco tiempo estuvo listo, pero, inesperadamente, Yutia vino a visitarlo al enterarse de que Alon se marchaba de la colonia. Lo que más le sorprendió fue la presencia del propio rey Carmaxes III de la colonia, acompañado de soldados, para despedir a Alon en la puerta norte.

«... ~~~~~»



«Quería despedirme de ti».

El rey de la colonia, Carmaxes III, había acudido personalmente a recibir a Alon.

Y...

«¿Qué es esto?».

«Me han dicho que es un regalo de Su Majestad».

«¿Un regalo para mí?».

«Sí. ¿No es así, Su Majestad?».

Dos carros cargados de oro y joyas esperaban allí.

«Sí, así es. Es un regalo mío».

Alon miró a Carmaxes, quien respondió a Yutia con una sonrisa más amplia que nunca. Alon, encontrándolo un poco excesivo, expresó su sorpresa.

«Sin embargo, esto es un poco exagerado».

Alon no era de los que rechazaban el dinero. De hecho, creía que cuanto más dinero, mejor. La visión de los carros repletos de tesoros le dejó boquiabierto.



Sin embargo, era claramente un regalo demasiado extravagante como para aceptarlo. Parecía excesivo para un simple gesto de favor, sobre todo teniendo en cuenta que quien lo ofrecía era un miembro de la realeza, lo que sugería algún motivo político que él no podía comprender. Rechazó sutilmente la oferta del rey.

«Ja, ja, no le des tantas vueltas. Acéptalo sin más».

«Pero aun así, esto es...».

«No te preocupes. Es solo por cariño hacia ti, sin condiciones. Me gustaría mucho que lo aceptaras. De verdad, que lo aceptaras de verdad».

«...?»

Al ver a Carmax hablar con una expresión tan extrañamente desesperada, Alon no pudo evitar asentir con torpeza.

Y así, ese día, Alon participó en el viaje, acompañado de dos carros llenos de oro y joyas.

Cuando Alon se marchó, una pequeña sonrisa apareció en los labios de Yutia.

Y entonces...

«Me alegra ver que las negociaciones parecen avanzar en una dirección positiva».

«En efecto».



Cuando Carmaxes se encontró con los ojos rojos de Yutia, recordó una vez más lo que había comprendido el día anterior:

Pase lo que pase, no se debe provocar al conde de Palatio.

«Qué agotador...».

Ante los ojos de Carmaxes, el fantasma de la hierba mágica que había dejado hacía trece años parecía brillar.